

CAPÍTULO 4

EUROPA PARTIDA EN DOS

COMIENZA LA PRIMERA GUERRA FRÍA, 1946-1948

«Todos reconocemos, creo, que el presente estado de hinchazón del Imperio soviético representa, sobre todo por razones geopolíticas [...], una situación malsana y un peligro para la totalidad de los implicados. Todos reconocemos que cualquier expansión ulterior del poder soviético representaría un peligro aún mayor. Nuestras diferencias se plantean sólo en cuanto a lo que deberíamos hacer a la luz de estas dos aseveraciones.

En primer lugar, hay una diferencia de opinión sobre el mejor objetivo para nuestras esperanzas de una reducción verdadera del poderío [...] soviético, bien en el caso de que actuaran fuerzas naturales dentro de la misma Unión Soviética, o por el contrario, aplicando una presión desde el exterior. Ésta es la cuestión de la *liberación*. En segundo lugar, hay que considerar el asunto de cómo impedir que el proceso de expansión soviética vaya más allá. Éste es el extremo de la *contención*. Permítanme enfatizar que estos conceptos no son alternativos».

George F. Kennan, *Realidades de la política exterior americana*, 1954.

En 1945, concluida la Segunda Guerra Mundial, la relación entre los angloamericanos y los soviéticos podía definirse mediante dos conceptos. El primero era «desconfianza basada en el mutuo desconocimiento». El segundo era «provisionalidad». La Conferencia de Potsdam había terminado sin anudar la mayor parte de los flecos que el final de la contienda había dejado colgando. Los consejos de ministros de las grandes potencias debían reunirse en el futuro para solucionar aspectos concretos, pero eso se hizo sólo de tarde en tarde, y cada vez la desconfianza recíproca era mayor. Habían triunfado los hechos consumados. La URSS se había anexionado parte de Prusia Oriental, una de las cunas del más puro germanismo, y su capital Königsberg pasó a denominarse Kaliningrad, en homenaje al presidente del Presidium Mijaíl I. Kalinin. Polonia había sufrido un gran desplazamiento sobre el mapa, en dirección al Oeste. Sus territorios orientales del período de entreguerras pasaron a formar parte de la Unión Soviética. En com-

pensación, Stalin concedió al nuevo Estado polaco toda la Pomerania, la Silesia, más el grueso de la Prusia Oriental, territorios alemanes al este de los ríos Oder y Neisse. Técnicamente, ésta era una zona bajo control del ejército polaco en espera del nuevo trazado de las fronteras; pero éste nunca llegó y millones de alemanes debieron huir de esos territorios.

La quimera de la liberación

Una abrumadora masa de desplazados, muchos de ellos alemanes ya en fuga antes del final de la contienda, junto con gentes (incluidos muchos aliados coyunturales de los germanos) que huían del avance soviético, inundaron las zonas occidentales de Alemania y Austria. Casi inmediatamente esta migración —caótica, inmensa, que mezclaba a víctimas y verdugos— se convirtió en un problema político de primer orden, especialmente para los británicos, que se encontraron con una parte importante de los refugiados en sus manos. Stalin exigió el retorno de todos aquellos que podrían considerarse ciudadanos soviéticos, y los británicos claudicaron en función de acuerdos alcanzados durante la contienda. En general, el régimen comunista fue muy duro con las poblaciones consideradas como sospechosas durante la Guerra Mundial y llevó a cabo traslados masivos de naciones soviéticas enteras —los alemanes del Volga, los tártaros de la Crimea, los chechenos del Cáucaso, entre otras— hacia Asia central o Siberia. A esos mismos escenarios fueron conducidas también las elites bálticas o polacas de zonas adquiridas por la URSS en 1939-1941 y recuperadas en 1945. Mediante el criterio de la culpabilidad colectiva, fueron tachados de colaboracionistas con el nazismo, sin mucha preocupación por la veracidad de tales inculpaciones. La inseguridad comunista ante la supervivencia de su sistema era tal que, de hecho, se castigó igualmente a todos los soviéticos, independientemente de su nacionalidad, que habían tenido el infortunio de caer prisioneros de guerra, por mucho que posteriormente se escapasen y llegasen a reanudar el combate. Para ser engullido por el gulag era suficiente haber visto algo más allá de lo previsto por el rígido control de la información ejercido por el aparato oficial. Desde Austria, igualmente fueron entregados a

Tito los refugiados de Eslovenia y especialmente de Croacia y Bosnia. Aunque fueron silenciados dentro de lo posible, tales trasposos de refugiados fueron un primer factor de enfriamiento entre los occidentales y sus todavía aliados soviéticos.

De Potsdam surgió una comisión de control cuatripartita (soviética, americana, británica y francesa) para la Alemania dividida en zonas de ocupación. También se acordó allí la creación del Tribunal de Núremberg contra los criminales de guerra nazis, la celebración de elecciones en Austria y la aplicación de los tratados de paz con los ex aliados de Alemania. Por supuesto, los americanos ratificaron el apoyo militar soviético para derrotar al Japón, aunque posteriormente prescindieran de él al hacer uso de las bombas atómicas para acabar con la resistencia nipona. En cualquier caso, los términos «eventual» y «provisional» resonaron con frecuencia. Desde un punto de vista jurídico, la guerra no había terminado. No se firmó ningún tratado de paz con Alemania ni se negoció cuál debería ser su *status* como Estado; ni siquiera hubo un acuerdo sobre sus fronteras.

De hecho, algunas contiendas de la Segunda Guerra Mundial seguían, por aquel entonces, perfectamente vivas. Una de ellas, en plena Europa, era la guerra civil griega. Ésta había estallado cuando los alemanes ocupaban el país. En 1942, las guerrillas básicamente comunistas del ELAS y las promonárquicas del EDES habían comenzado a enzarzarse en enfrentamientos cada vez más feroces. Tras un breve período de tregua negociado por los británicos, pronto el invasor alemán comenzó a ser un factor secundario. No era un fenómeno nuevo en la Europa ocupada. En toda una serie de países, la ocupación alemana terminó por generar guerras civiles más o menos encubiertas entre colaboracionistas y guerrillas de liberación, y esto fue asimismo válido para Francia e Italia. En algunas zonas, las luchas estallaron entre los conservadores, partidarios de los antiguos regímenes, y las nuevas fuerzas comunistas, especialmente dinámicas y a veces muy apreciadas por los mismos británicos y americanos. Así ocurrió en Albania y especialmente en Yugoslavia, donde los partisanos de Tito terminaron por imponerse a los *chetniks* monárquicos de Draža Mihailović.

El indomable flanco balcánico

Pero en Grecia, para cuando las tropas británicas llegaron en el otoño de 1944, no existía aún un claro vencedor. Quizá, de no haber mediado la presencia militar inglesa, los comunistas se habrían hecho con el poder derrotando militarmente a los monárquicos. Por entonces, el ELAS ocupaba extensas zonas del interior de Grecia, disponía de 70.000 combatientes y había organizado un verdadero Estado con sus leyes, impuestos e incluso su seguridad social. Si bien se logró una relativa pacificación en enero de 1945, y se avanzó en el camino de una posible normalización mediante las elecciones de marzo de 1946, el conflicto de fondo volvió a estallar con violencia, tras la restauración del rey Jorge II en septiembre, en forma de guerra civil abierta entre monárquicos-derechistas y republicanos-comunistas.

La derrota de los partisanos comunistas griegos resultó costosa. La contienda fue dura y cruel, prolongándose hasta 1949. Las represalias contra la población civil, los ajustes de cuentas incontrolados, las torturas y matanzas, fueron moneda corriente en aquellos años. Gran Bretaña, que estaba en bancarrota, se declaró impotente para seguir sosteniendo la monarquía y ayudando en la guerra contra los comunistas. Los norteamericanos tomaron el relevo en marzo de 1947 y Grecia se convirtió para el Pentágono en un campo de pruebas para las nuevas tácticas a emplear contra la insurgencia comunista. Éstas incluían la utilización de napalm, las evacuaciones masivas de población civil y los desfoliantes. El resultado final de ocho años de guerra casi continua, si se empieza a contar desde el ataque italiano en 1941, fue la desaparición física del 7% de la población del país, la conversión del 10% en refugiados y la detención de miles de activistas que abarrotarían las cárceles en años sucesivos. En cualquier caso, la contienda civil griega tuvo importantes efectos en el origen de la Guerra Fría, pues alimentó la idea de que los soviéticos estaban detrás del ELAS, lo que demostraba, a ojos de los angloamericanos, el insaciable apetito de Stalin. Esto no era cierto, dado que el díscolo Tito era la clave real del apoyo exterior a los comunistas griegos. Aunque debe recordarse, como triste colofón a la guerra, que la furia de Stalin fue suficiente para castigar las poblaciones griegas del sur de Rusia y del Kuban, refugiados históricos de Asia Menor, que sufrieron el castigo del traslado a Siberia,

según el criterio de culpabilidad colectiva. Ello ocurrió en junio de 1949, apenas cuatro meses antes de que terminara oficialmente la contienda en Grecia.

En Yugoslavia, la victoria militar había correspondido claramente a los guerrilleros titoístas, quienes habían triunfado sobre los *chetniks* monárquicos, las fuerzas del gobierno serbio títere de los alemanes encabezado por Nedić, y los *ustachas* o fascistas croatas, que habían creado su Estado independiente sostenidos por Alemania. Aunque la caída del comunismo en Yugoslavia a partir de 1990 tendió a desacreditar la imagen de Tito, si se analiza la situación de la Yugoslavia desmembrada durante la Segunda Guerra Mundial caben pocas dudas sobre su valía como líder político. Había logrado unificar, por encima de los odios interétnicos, un movimiento partisano dirigido mayoritariamente y armónicamente por croatas y serbios. Además, Tito era un verdadero símbolo regenerador para los comunistas, un líder de la segunda generación, tras los grandes forjadores de la revolución bolchevique rusa. Aún joven, carismático, de ascendencia campesina, se había hecho a sí mismo en todos los sentidos, era un verdadero caudillo de la «nación en armas» y un combatiente de primera línea. Su apoyo político y fama internacionales eran tales hacia el final de la contienda, que en 1944 no dudó en entrevistarse con Stalin a espaldas de los británicos, quienes lo estaban manteniendo con armas e instructores. La reunión tenía por objeto coordinar de igual a igual con el líder soviético lo que iba a ser el inminente avance del Ejército Rojo por Yugoslavia. En el acuerdo se estableció que los soviéticos no deberían tomar Belgrado antes de que lo hicieran los partisanos yugoslavos.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Tito y su movimiento guerrillero de liberación se convertirían en modélicos para toda una generación de activistas comunistas e izquierdistas en el Tercer Mundo. Por supuesto, el nuevo régimen comunista yugoslavo fomentó hasta la saciedad la «épica partisana». Y a partir del amplio consenso que le había dado la victoria militar, algunos líderes comenzaron a pensar, en palabras de Kardelj, uno de los teóricos yugoslavos más prestigiosos, que poseían una verdadera «bomba atómica ideológica». Lo cierto fue que en la inmediata posguerra los yugoslavos incluso soñaron durante un tiempo con encabezar una federación balcánica comunista. Primero se tendría que adjuntar Albania, más tarde Bulgaria, y por último, Grecia.

Aunque oficialmente se trataba de resucitar viejos planes federativos socialistas, se mezclaban en esos deseos motivaciones nacionalistas y hegemónicas nunca expresadas. La ayuda militar a los comunistas griegos entraba dentro de este esquema, aunque albaneses y búlgaros también colaboraron en ella.

Stalin no veía con malos ojos tales federaciones, que en el futuro le hubieran permitido formar otras (Bielorrusia, Polonia y Checoslovaquia; Hungría y Rumania, quizá añadiendo Ucrania) para terminar integrando a los países del Este en una URSS ampliada. Pero en una fecha tan temprana, con la Segunda Guerra Mundial aún recién terminada, el dictador soviético tampoco estaba dispuesto a llevar las cosas demasiado lejos. Y menos por una zona geoestratégica de importancia menor como eran los Balcanes. Stalin estaba determinado a respetar el sentido general de los acuerdos discutidos con Churchill en 1944 para evitar una contienda generalizada. Por ello, y porque además los comunistas helenos siempre habían sido muy independientes de Moscú, los soviéticos no respaldaron de forma importante a la guerrilla griega. De la misma manera, el Kremlin desconfiaba del diletantismo yugoslavo. Así se intentó controlar a Belgrado con buenas y malas maneras. Las maniobras soviéticas para forzar la mano reclutando espías y agentes de influencia provocaron tensiones. Una alternativa más elegante consistió en designar a Belgrado como sede del Secretariado de la Kominform, un organismo creado en 1947 para sustituir a la antigua Komintern. Pero nada parecía servir.

Mientras tanto, el presidente norteamericano Harry S. Truman obtenía del Congreso americano la votación favorable para auxiliar a Grecia y Turquía con 400 millones de dólares, anunciando acto seguido la intención norteamericana de comprometerse plenamente en la defensa de ambos Estados. Por supuesto, Washington temía que la caída de Grecia en manos comunistas provocara en el Mediterráneo lo que más adelante se denominaría «efecto dominó». Las consecuencias del control comunista sobre Grecia podían extenderse a Francia e Italia; los 970.000 adherentes al partido comunista francés y los 1.771.000 italianos afiliados al PCI, que además tendían a presentarse como la punta de lanza de la resistencia antifascista, pasaron a ser considerados como la «quinta columna» de Stalin en el área de influencia occidental. La magnitud de la amenaza llevó a las potencias occidentales a cargar en

la cuenta soviética la belicosidad de los comunistas griegos. Fue el comienzo de la denominada «Doctrina Truman» de contención del comunismo y uno de los primeros pasos importantes hacia la Guerra Fría. En el discurso ante el Congreso del 12 de marzo de 1947, Truman formularía abiertamente la imagen de un mundo bipolar en el que carecía de sentido la idea de una Europa autónoma no sometida al liderazgo norteamericano.

La medida, por tanto, estaba destinada a extenderse a otros países europeos. La operación, denominada Programa de Recuperación Europea y anunciada en junio de 1947, pasó a ser conocida como Plan Marshall, por el nombre del general que lo concibió, jefe del estado mayor conjunto norteamericano durante la guerra mundial y en aquel momento secretario de Estado de Truman. Consistió en un entramado de préstamos a bajo interés, ayudas a fondo perdido y ventajosos acuerdos comerciales hasta un total de 13 billones de dólares. El Plan alcanzaría a un total de 16 países durante un período de cinco años. Parte del esfuerzo se explicaba en términos puramente macroeconómicos, por la necesidad que tenía la maquinaria productiva americana —lanzada a todo gas durante la guerra— de disponer de un socio y cliente competitivo. Una Europa empobrecida era un problema para el comercio y las finanzas norteamericanas, especialmente a fines de los años cuarenta, cuando tan reciente estaba el recuerdo de la Depresión, sólo vencida por el esfuerzo económico de la Segunda Guerra Mundial.

Por ende, si bien el Plan Marshall tuvo efectos muy beneficiosos —aunque no siempre decisivos— en el proceso de reconstrucción europea, era evidente que la ayuda americana poseía, ante todo, un objetivo ideológico: alejar la amenaza del comunismo del continente europeo, asolado por la contienda. El camino para lograrlo pasaba por conjurar la miseria del continente y conseguir la ampliación de unas clases medias que apuntalasen las formas democráticas. El Plan Marshall también se extendió a la zona de Alemania bajo ocupación americana, británica y francesa, lo que implicaba su plena integración en el área de influencia económica occidental, en contradicción con lo acordado en Potsdam para la creación de una administración central interaliada para toda Alemania. Claro está que los angloamericanos podían responder a su vez que los soviéticos estaban imponiendo una alianza entre socialistas y comunistas en su zona de ocupación para impedir el

desarrollo de otros partidos políticos. O que estaban provocando una dinámica inflacionista al emitir más moneda de ocupación de la que podían respaldar.

¿Nuevas democracias o nuevas tiranías?

Los reproches de una parte hacia la otra siempre tenían su réplica, porque lo que fallaba, en última instancia, era la existencia de un proyecto global de configuración europea. Las declaraciones crecientemente amenazadoras de los líderes políticos (el discurso de Stalin en febrero de 1946, la alocución de Churchill en Fulton al mes siguiente) o de analistas destacados (el telegrama de Kennan, encargado de negocios de la embajada norteamericana en Moscú, y avanzado soviólogo, o del embajador soviético en Washington, Nikolai Nofikov, ambos en 1946) tienen importancia como jalones o síntomas del empeoramiento creciente de las relaciones.

La brusca desaparición de Alemania (incluyendo a Austria) como gran potencia regional había dejado un enorme hueco precisamente en el centro de Europa que soviéticos y anglo-americanos sólo habían sabido llenar con un rompecabezas de sectores de ocupación militar. Pero allí seguían las grandes ciudades alemanas, con sus laboriosos habitantes (47 millones en la zona de ocupación occidental y 18 en la comunista) empeñados en reconstruir la economía de su país. Eso exigía algún tipo de respuesta por parte de los ocupantes, tanto en la zona soviética como en la occidental. Algo similar ocurría en Europa oriental. Es cierto que a partir de la proclamación del Plan Marshall, Moscú forzó la mano para satelizar más firmemente esos Estados en la órbita comunista. Pero sin negar la existencia de numerosos abusos, terror, presiones y falsificaciones, que es la interpretación occidental básica del tiempo de la Guerra Fría, la institución de regímenes comunistas en la mitad oriental del continente también se debió a causas autóctonas. Cabe recordar que en los estados centroeuropeos, los partidos comunistas tenían cierta fuerza numérica desde antes de la guerra. En Polonia contaba con 20.000 militantes, en Hungría con 30.000 y sobre todo en Checoslovaquia, con 80.000. En estos países, los primeros años de la posguerra trajeron un rápido crecimiento de esa mili-

tancia: en 1947 había pasado a 800.000, 750.000 y 1.300.000 miembros, respectivamente. En las últimas elecciones libres celebradas en Checoslovaquia, el 28 de mayo de 1946, los comunistas obtenían el 35% de los votos, más del doble de los conseguidos por el partido del veterano presidente Eduard Beneš.

En los estados balcánicos el incremento fue espectacular. En Bulgaria se pasó de los 8.000 al medio millón. En Rumania, el millar de militantes escaso con que contaba el partido comunista antes de la contienda había crecido hasta alcanzar los 710.000 en 1947. Desde luego, había un natural oportunismo por parte de muchos de esos nuevos comunistas. Pero también obraban otros mecanismos. Uno importante era el agotamiento de los modelos políticos ensayados en la Europa oriental durante los años veinte y treinta. Con el desmembramiento de Checoslovaquia en marzo de 1939, desapareció la democracia parlamentaria emblemática de la zona. En el resto, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, se había terminado por imponer alguna forma de dictadura o régimen autoritario, los partidos políticos estaban desgastados o disueltos y los parlamentos eran organismos amaestrados o simplemente decorativos. La guerra y el ocupante alemán habían terminado de diezmar a esos partidos. El resultado era que a pesar de reaparecer a partir de 1945, en muchos casos carecían de un liderazgo eficaz y en la mayor parte de los casos sus grandes figuras de los años de entreguerras habían desaparecido. Por regla general no eran adversarios para los partidos comunistas. Éstos, surgiendo de la resistencia clandestina o de regreso desde Moscú, se organizaron en base a una férrea disciplina y elaboraron programas bien definidos. Ostentaban un dinamismo agresivo, supeditaban los medios a los fines y, sobre todo, poseían una inquebrantable voluntad de tomar la iniciativa en la arena política sin ánimo de cederla después.

No era un factor menor el resentimiento latente ante lo que podía interpretarse como sucesivas traiciones de las potencias occidentales. Así, los checos conservaban un claro recuerdo de la claudicación anglo-francesa ante Hitler en 1938, con el pacto de Múnich, que había llevado a la desmembración de Checoslovaquia. Eso revertía en una cierta fiebre prorrusa tras el final de la Segunda Guerra Mundial: sólo Moscú parecía capaz de garantizar la integridad del Estado. Su oferta de ayuda en 1938 había parecido sincera, y al final el Ejército Rojo había

expulsado a los alemanes en 1945. También los rumanos se indignaron al descubrir, una vez terminada la guerra, cuál había sido el resultado de las conversaciones entre Churchill y Stalin en Moscú, en octubre de 1944. En ese contexto, la reunión de Yalta parecía completar el cuadro de abandono por parte de los occidentales. La propaganda comunista utilizó a fondo los resortes nacionalistas. Fueron, por ejemplo, los principales impulsores de las campañas de «limpieza étnica» dirigidas contra las minorías alemanas en Checoslovaquia, Hungría y Polonia y húngaras en Eslovaquia y Rumania. Por otra parte, con la misma eficacia con que la propaganda occidental insistía en la amenaza militar comunista, éstos denunciaban en los países del Este el aparente empeño de los occidentales en levantar a Alemania de sus cenizas. En casi todos esos países no tardaría en aplicarse el clásico sistema de purgas y terror estalinistas, pero de momento los comunistas presionaban sobre todo con la *agit-prop*.

Por último, en los Balcanes jugaba un papel importante el argumento de la autoliberación. A diferencia de lo que había ocurrido en Polonia, Hungría y, sólo en parte, en Checoslovaquia, los regímenes progermanos habían caído antes de la llegada de las tropas soviéticas. En 1944, 23 de agosto en Rumania y 8 de septiembre en Bulgaria, se produjeron sendos golpes de Estado. En ambos casos, los comunistas tuvieron un papel destacado. Así, el hecho de que en esos países un grupo de conspiradores hubiera derrocado a los regímenes dictatoriales aliados de los alemanes, fue una de las piedras angulares sobre las que terminó construyéndose el discurso marxista-nacional. Se trataba, sin duda, de una distorsión de la realidad, puesto que los comunistas no habían sido los únicos en actuar. Pero con el tiempo, la reiterada versión oficial de los nuevos regímenes terminaría por hacer creíble el argumento de que la capacidad conspiratoria de los comunistas había sido decisiva en el derrocamiento de los fascistas y en la implantación de los regímenes populares. Al lado de las variantes rumana y búlgara, el discurso más original y perfeccionado de autoliberación comunista fue el yugoslavo, seguido de cerca por el albanés. Esos partisanos comunistas podían reivindicar no una acción de última hora, sino la liberación del territorio tras los enormes sacrificios de una campaña militar que había durado años, todo ello sin la ayuda directa del ejército soviético.

Por unas razones o por otras (muchas veces al margen de conciencias de clase o posturas ideológicas asumidas), amparados por la fuerza soviética, en los estados del Este de Europa y los Balcanes se estaban constituyendo grupos de poder que contaban con el apoyo de sectores sociales importantes. Incluso aparecieron líderes que eran copias de Stalin a menor escala. No era propiamente una revolución (aunque con el tiempo sí se produjeron cambios sociales), pero tampoco hay que subestimar la fuerza que adquirieron en la inmediata posguerra los partidos comunistas en esos países e incluso en Francia e Italia. La tenacidad con que lucharon los comunistas griegos en la guerra civil da bastante que pensar en lo que respecta a la teoría de que los soviéticos sólo lograron imponer los regímenes comunistas en Europa oriental por la mera presencia de sus tanques. En todo caso, el glacis de la Europa del Este no fue una zona perfectamente controlada por los soviéticos. Hasta que terminó la Guerra Fría, no dejó de ser una fuente de problemas para Moscú, resueltos casi siempre de manera expeditiva. Prueba temprana de ello fue el golpe comunista en Checoslovaquia, que precipitó el enfrentamiento final con los americanos.

El clímax checo

A lo largo de 1947 se había completado, de una forma u otra, el dominio comunista sobre los Estados de la Europa oriental. Sólo quedaba al margen Checoslovaquia, en la cual toda una serie de líderes políticos y partidos parecían capaces de dar la batalla a los comunistas en la arena parlamentaria. Era una situación paradójica teniendo en cuenta que en relación con el desarrollo industrial de la república, el Partido Comunista Checo era el más potente de la Europa oriental. A pesar de ello, en los dos primeros años de la posguerra, y en sintonía con la intención de Moscú de guardar las apariencias de libertad democrática, los comunistas checos habían practicado la autocontención. Así, en Checoslovaquia terminó por conformarse una extraña experiencia mixta: una planificación rigurosa de tipo socialista en economía y un sistema político de democracia parlamentaria. La situación cambió bruscamente en febrero de 1948. Por entonces, y en respuesta a un conflicto con los partidos de oposición sobre el nombramiento de algunos jefes de la

policía, los comunistas checoslovacos organizaron una contundente campaña. Movilizaron a los sindicatos, ya armados, y con el apoyo del ejército y la policía tomaron el poder el 25 de febrero. Golpe de Estado o revolución, la acción resultó modélica e incruenta; una especie de «revolución tranquila», paradójica predecesora de la «revolución de terciopelo» que en 1989 derribaría el régimen comunista.

La integración de Checoslovaquia en el bloque comunista tuvo enormes consecuencias en la tormentosa evolución hacia el desencadenamiento formal de la Guerra Fría. La adscripción de Yugoslavia y Albania al bloque comunista era una eventualidad aceptada desde el final mismo de la contienda mundial. Tampoco había producido grandes conmociones la suerte corrida por el resto de los estados del bloque oriental, acaso con la excepción matizada de Polonia. Pero con Checoslovaquia, considerada desde su constitución en 1918 como una avanzadilla del mundo occidental en el Este de Europa, la reacción fue muy diferente. Para la prensa occidental, se estaba reproduciendo al milímetro la crisis de 1938 que había supuesto la claudicación de las potencias democráticas ante los planes expansionistas nazis y la pérdida de Checoslovaquia. Ahora, Hitler había sido sustituido por Stalin, pero prevalecía el escenario, e incluso la magia de las fechas: de 1938 a 1948, diez años justos. La idea del eterno retorno de la historia, que goza de los favores del gran público, incluso parecía pronosticar una nueva guerra mundial. Los últimos restos de benevolencia o indiferencia hacia los soviéticos se evaporaron asimilándolos al peligro nazi. La metáfora churchilliana del telón de acero se había convertido en una innegable frontera entre sistemas ideológicos. Los sentimientos de mutua desconfianza, alarma y miedo estaban llegando al paroxismo, pero en realidad las cosas no estaban sucediendo con arreglo a un plan tan preestablecido como se pensaba en la época.

El cierre de esta gran fractura continental con la caída de Checoslovaquia tuvo un contrapunto en el Báltico, aquel que marca la firma de la paz de París entre Finlandia y la URSS en febrero de 1947. En la perspectiva soviética, no era siempre necesaria la incorporación de todo Estado fronterizo en su glacis defensivo; bastaba con su neutralización. Desde su independencia de Rusia en 1918, los finlandeses no sólo habían luchado varias veces contra su poderoso vecino, sino que su agresiva derecha nacionalista reclamaba la recuperación de extensos

territorios irredentos en la URSS. Al mismo tiempo, para el estalinismo internacional, la solución insatisfactoria de la guerra civil finlandesa entre rojos y blancos, así como la interferencia de estos últimos en análogos conflictos en los Países Bálticos, llevó a una especie de irredentismo contrapuesto, de carácter político-ideológico, que consideraba la revolución en Helsinki como una asignatura pendiente. La Guerra de Invierno de 1939-1940 entre Finlandia y la Unión Soviética, seguida en 1941 por la denominada Guerra de Continuación, acabó agotando a los defensores de la causa finlandesa. El armisticio en septiembre de 1944 reconoció todas las cesiones de la paz abusiva impuesta cuatro años antes por Stalin. A partir de entonces, la política interior y exterior finesa se adaptó, desde la neutralidad, a las necesidades básicas soviéticas.

La finlandización era, pues, para los soviéticos una alternativa barata al anexionismo. Crear todo un sistema de estados dependientes, combinando cobertura militar con ajuste ideológico, representaría un coste importante para la Unión Soviética, entre otras razones por la exigencia permanente de control. Aunque es evidente que Moscú aplaudió e incluso alentó el cambio de régimen en Praga, la operación fue concebida y ejecutada por los mismos checos. Que Moscú no confiaba sin reservas en los comunistas checos lo demuestra el que a finales de 1951, ya con el Estado centroeuropeo firmemente soviético, se desencadenase una dura purga dentro del Partido Comunista de Checoslovaquia. Fueron arrestados unos 50.000 cuadros y entre ellos Clementis, ex ministro de Asuntos Exteriores, y Slansky, Secretario General del PC. Purgas similares tuvieron lugar en Hungría, Bulgaria, Rumania y Polonia entre 1948 y 1952. Se calcula que las depuraciones afectaron al 25% de todos los partidos comunistas del Este de Europa, siendo arrestados, también aproximadamente, entre el 5 y el 10% de esa proporción. La cimentación del poder de Moscú en los países del bloque comunista, eliminando a los desviacionistas, fue la motivación básica de esas purgas. Pero las excepciones fueron numerosas. A menudo las expulsiones y procesos tenían lugar en beneficio de determinadas camarillas de poder «nacionales» y no «moscovitas», o respondían a simples ajustes de cuentas. En medio del terror de los últimos años de Stalin, la rigidez del control de Moscú disimulaba en más de un caso la desorientación y hasta la confusión, así como las manías personales del dictador.

El origen de esa dureza había sido el conflicto con Yugoslavia. Incapaz de controlar a Tito y la directiva comunista de Belgrado, Moscú rompió espectacularmente con ellos en junio de 1948. La situación se había vuelto extremadamente tensa al fallar uno tras otro los intentos soviéticos de controlar al peón yugoslavo y al rechazar éste, cada vez con más vehemencia, el paternalismo de Moscú. Más importante aún, sobre todo en la medida que las tensiones con los Estados Unidos se agravaban, Stalin no podía tolerar la menor disidencia dentro del movimiento comunista internacional, ya que, en última instancia, la legitimidad de su poder derivaba de su función como líder indiscutido del marxismo-leninismo mundial. En consecuencia Yugoslavia fue expulsada de la Kominform quedando bruscamente aislada en tierra de nadie, ni en el bloque comunista ni en el occidental. Con todo, este último se apresuró a financiar la disidencia: en 1951 los Estados Unidos habían suministrado a Tito 150 millones de dólares en ayuda civil y otros 60 millones de dólares en armamento.

Por lo tanto, la furia de Stalin ante la rebeldía de Tito y la despiadada caza de disidentes titoístas en todos y cada uno de los Estados del bloque soviético deben relacionarse con el nerviosismo soviético ante la Guerra Fría que justamente entonces estaba comenzando. En conjunto, la ansiedad de Moscú estaba en relación directa con las incertidumbres que planteaba el control directo de la mitad oriental del continente europeo. Éste era un fenómeno totalmente nuevo en la historia de Rusia y ocurría en un momento en el que el país salía de una guerra terrible que le había supuesto enormes pérdidas humanas y económicas. Militarmente era una gran potencia, pero una vez consumada la ocupación, el control a largo plazo de los Estados del Este planteaba grandes interrogantes. Toda esa acumulación de tensiones explica en parte la drástica acción soviética que ayudó a precipitar el comienzo de la Guerra Fría.

Conforme terminaba el invierno de 1947 a 1948, la situación se tornaba más y más tensa. En Europa occidental, la inauguración oficial del Plan Marshall, el 3 de abril de 1948 (comenzaría a funcionar en julio), implicaba también remodelaciones políticas, tales como la eliminación de ministros comunistas en los gobiernos de coalición italiano y francés, una operación que se puso en marcha bajo presión americana desde la primavera anterior, y que a comienzos de 1948 estaba prácti-

camente concluida. La fundación de la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), en ese mismo mes y con sede en París, estaba relacionada con la canalización de la ayuda del Plan Marshall. De hecho la OECE era una institución permanente para la cooperación económica de los países europeos, lo cual, en aquellos momentos, en los que la prensa occidental especulaba con la posibilidad de una nueva guerra mundial, también se planteaba como una forma de resistencia a la presión del amenazante comunismo en la Europa del Este.

Pero, sobre todo, el Plan Marshall abría la puerta a acuerdos bilaterales que ofrecían a los norteamericanos destacadas posibilidades de intervenir de forma directa en la economía de los países europeos que habían aceptado la ayuda: concesiones, tratos preferenciales y ajustes financieros. La eliminación de déficit de las balanzas comerciales y el saneamiento de las monedas europeas se juzgaban prioritarias para el buen funcionamiento del Plan. Por supuesto los Estados del Este de Europa, presionados por Moscú, habían rechazado la oferta norteamericana de incluirlos en el proyecto. Donde más se complicaba la situación era en Alemania. El Plan Marshall también iba destinado a este país, pero mientras las autoridades soviéticas lo vetaron en su zona de ocupación, los angloamericanos lo incorporaron a la suya.

Crisis en Berlín

A partir de ese momento, Alemania quedó dividida, *de facto*, en dos mitades, cada una con una dinámica económica distinta. Porque el hecho era que la preparación del sector occidental de Alemania para la llegada del Plan Marshall implicaba la refundación del Deutschmark como nueva moneda alemana. Teóricamente, la totalidad de Alemania aún estaba gobernada por una Comisión de Control interaliada conjunta, pero esa institución también terminó colapsándose. Ocurrió durante la reunión celebrada el 20 de marzo de 1948, cuando la parte soviética pidió información sobre la reforma monetaria que los occidentales pensaban aplicar. Éstos la negaron y ante ello la delegación soviética abandonó la sesión inhabilitando a la Comisión.

La Alemania dividida encarnaba todas las contradicciones de la situación de posguerra: era a la vez la gran potencia desaparecida, el

gran agujero geoestratégico en el centro de Europa, el poderoso enemigo vencido y, en definitiva, el mayor problema sin resolver en todo el continente. Cualquier enfrentamiento en torno a ella era crucial. Por su parte, la ciudad de Berlín, como capital de Alemania, condensaba todas esas contradicciones. Estaba dividida también en cuatro sectores de ocupación: norteamericano, británico, francés y soviético. Además, su situación, en plena zona de ocupación soviética y a 160 kilómetros del punto más próximo en la zona americana, hacían de la ciudad una pieza muy delicada en las relaciones soviético-occidentales. En 1946 la administración soviética había impuesto en su zona la unión de socialistas y comunistas, e intentó extenderla a toda la ciudad. Los líderes socialdemócratas del Berlín occidental plantearon un referéndum que derrotó a la fracción unificadora. En el relativamente pequeño marco de la ciudad, la sensación de estar a las puertas de la Guerra Fría se hacía particulamente aguda. A poco del colapso de la Comisión de Control interaliada, los soviéticos comenzaron a bloquear los accesos a la ciudad desde los sectores occidentales. Primero, el 3 de abril de 1948 y pretextando problemas técnicos, fueron las rutas ferroviarias y por carretera desde Hamburgo y Múnich. A continuación, la medida afectó al tráfico fluvial. El 23 de junio el cerco era completo, incluyendo el correo. Los soviéticos intentaban estrangular a los sectores occidentales de la ciudad sin llevar la provocación al extremo de situar a los angloamericanos ante la tesitura de una nueva guerra a gran escala.

A medida que aumentaban las restricciones impuestas por los soviéticos, los angloamericanos intentaban abastecer la ciudad desde el aire. El 26 de junio quedó claro que sólo se podría responder al pulso de los soviéticos con un puente aéreo. Pero el desafío era impresionante, pues las necesidades diarias mínimas de una ciudad como era el sector occidental de Berlín, con 2,5 millones de habitantes, ascendían a unas 4.000 toneladas de abastecimientos diversos. Por otra parte, los aviones de la época (como el modelo más utilizado, el Douglas C-54) sólo podían cargar con unas 9 toneladas de mercancías. El puente aéreo a Berlín, bautizado como Operación Vittles, fue una impresionante hazaña técnica. Americanos y británicos hubieron de recolectar aviones de sus flotas comerciales y militares en todo el mundo. Para coordinar y dirigir los vuelos hacia la ciudad así como para solventar el mantenimiento de tantos aparatos, que sufrían un enorme desgaste en

el constante ir y venir, se trabajaba noche y día sin interrupción. En dos meses hubo de construirse un aeródromo suplementario. Gracias a estos esfuerzos ya en diciembre de 1948 se lograron transportar 7.000 toneladas diarias; a comienzos de 1949 se estaba ya en las 10.000 toneladas/día. Para entonces, a pesar de las inclemencias del tiempo, el tráfico aéreo era ininterrumpido, día y noche; cada noventa segundos se realizaba un despegue o aterrizaje. También se trabajó en nuevos sistemas de embalajes, más ligeros, y en la deshidratación de alimentos, hasta rebajar en un 40% el tonelaje diario para el mismo valor alimentario.

El puente aéreo a Berlín consagró un vuelco en la manera de considerar a los alemanes y, en general, a los desplazados centroeuropeos. Al acabar la contienda mundial en 1945, existía auténtica animadversión hacia los germanos, contemplados todos ellos como nazis. La liberación de los campos de exterminio y concentración confirmó todas las especulaciones sobre la malignidad del hitlerismo. La dureza de la penetración del Ejército Rojo en tierras alemanas fue saludada, desde Occidente, como un castigo más que merecido al que, por otra parte, no se daba demasiada relevancia. Abundaban las propuestas para reeducar, de una vez por todas, la mentalidad del pueblo alemán: el más famoso de tales proyectos fue el Plan Morgenthau, que culpaba a la gran industria de fomentar el nazismo y preveía la reducción de Alemania a una economía agraria; pero para quienes consideraban que todo había sido responsabilidad de los grandes terratenientes también se proyectaron toda suerte de reformas agrarias. Sin embargo, la realidad compleja de la desnazificación, en un lado y otro de la frontera Oder-Neisse, pronto cambió las actitudes oficiales: americanos y soviéticos iniciaron una auténtica carrera para usar en provecho propio los conocimientos prácticos generados por el régimen alemán en los años anteriores. Eso significó secuestrar a físicos o liberar a especialistas en cohetes, pero también manejar las noticias de todo orden que podían facilitar los cuadros de los servicios de información germanos. Por otra parte, las imágenes de niños alemanes hambrientos, mendigando entre las ruinas de ciudades literalmente allanadas, truncó la inquina antinazi de norteamericanos y británicos en una mezcla de generosidad y clemencia, muy acorde con los tiempos del Plan Marshall. Además con el alud de paquetes de víveres se conjuraba la amarga mitología teutónica sobre la

hambruna sufrida por las criaturas alemanas durante el bloqueo aliado en 1919.

El esfuerzo duró un año. El 11 de mayo de 1949 los soviéticos levantaron el cerco por vía terrestre, aunque de vez en cuando volvieron a aplicar represalias del mismo estilo. Sin embargo, el bloqueo de Berlín tuvo importantes consecuencias. La primera de todas fue que marcó el punto de inicio formal de la Guerra Fría: la confrontación Este-Oeste era ya evidente. Pero el pulso no había llegado al enfrentamiento directo, lo que justificaba el apelativo de «fría» aplicado a esa peculiar contienda y marcaba un nuevo estilo de tensión internacional. Por otra parte, durante la crisis los aliados occidentales estrecharon su alianza hasta constituir, en abril de 1949, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) como bloque defensivo ante los soviéticos. Ello significaba que los Estados Unidos, líderes del proyecto atlantista, renunciaban formal y permanentemente a su política de aislacionismo militar. Pero la encarnizada disputa por Berlín era en sí misma la expresión de un empate: la brusca desaparición de Alemania como gran potencia regional había dejado un enorme hueco en el centro de Europa que soviéticos y occidentales sólo habían sabido llenar con un rompecabezas de sectores militares de ocupación. Esa contradicción marcaba toda la situación continental.

CAPÍTULO 5

LA «CORTINA DE BAMBÚ»

LA PRIMERA GUERRA FRÍA EN ASIA, 1946-1953

«Caerían en un grave error los pueblos del mundo libre si pensaran que las rebeliones en los países satélites, antirrusas pero no anticomunistas, van a traer consigo la libertad humana y la paz mundial, o que las querellas internas dentro del bloque comunista van a obligar a los rusos a renunciar a sus planes de agresión exterior. Por ejemplo, en 1949, un año después de la ruptura de Tito con Moscú, los comunistas se apoderaron de la China continental, mucho mayor que Yugoslavia tanto en superficie como en población. Esto equivale a perder una Yugoslavia y ganar varias Yugoslavias. Espero que el mundo libre tenga presente este trueque.»

Jiang Jieshi (Chiang Kai-shek), *La Rusia soviética en China*, 1960.

«Hubiese lanzado entre treinta y cuarenta bombas atómicas [...] a lo largo del cuello de Manchuria [...] dejando tras nosotros un cinturón de cobalto radiactivo, del Mar de Japón al Mar Amarillo.»

General Douglas MacArthur,
recordando sus planes en Corea en una entrevista,
años después de su retiro forzoso.

Hacia finales del verano de 1949, Igor Kurchatov, director del programa nuclear soviético, llevó la carga de la primera bomba nuclear al despacho de Stalin en el Kremlin. Era una pequeña esfera de unos diez centímetros de diámetro revestida de níquel. El dictador soviético manipuló la bola con suspicacia, escéptico hasta el último momento a pesar de que por entonces medio millón de personas trabajaban para el programa nuclear en la URSS. La reacción de Lavrenti Beria, el jefe de la policía secreta, fue aún más desconfiada: hasta diez minutos antes de la primera prueba, efectuada el 25 de septiembre de 1949, no creyó que ésta tuviera éxito. Cuando se desencadenó la explosión, Beria siguió dudando y telefoneó a un experto ruso que había sido testigo de la prueba atómica norteamericana en el atolón de Bikini. La finalidad de la llamada era la de cerciorarse sobre si la nube en forma de hongo era análoga a la producida por la bomba soviética.